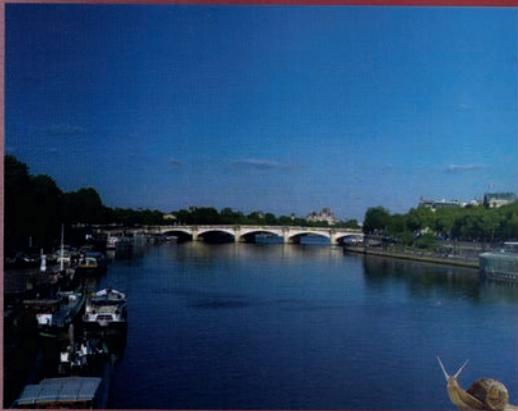


VERICUETOS 27
Cuento colombiano contemporáneo
y un ensayo

**Conte colombien contemporain
et essai**



octubre 2020
Paris-France

CONTE COLOMBIEN 2020

LUIS JAVIER GONZÁLEZ TORO

Escritor y docente de literatura

Javier Amaya y Luisa Ballesteros Rosas et al.
Conte colombien contemporain et essai.
Vericuetos 27, Paris, octubre 2020.

Esta antología bilingüe aviva las relaciones entre la Colombia eurocéntrica y las culturas francesas. Más allá de un contacto diplomático, el español colombiano y el francés se convierten en valor agregado

para esclarecer el devenir cultural, histórico y social de ambas tradiciones. Está claro que los y las cuentistas de Colombia cada día reciben mayor atención en Francia. La mayoría de los autores de esta antología son bilingües o traductores o viven en Francia. Eso no garantiza la calidad de sus obras. Más bien habla, en algunos casos, del exilio escritural; en otros, de la necesidad de ampliar la difusión de obras poco conocidas. Sucede también que los traductores franceses se vuelven cómplices de sus colegas colombianos. Tal vez porque consideran que hay historias ocultas, olvidadas, que son comunes a ambos territorios.

La historia del francés, según el ensayo de Yves Moñino que acompaña los cuentos colombianos, anuncia que las prácticas de exterminio diseñadas y aplicadas en Europa fueron trasladadas y reinventadas en América. El francés oficial llegó a consolidarse a partir del despojo. Se sabe que antes de Cristo la Galia estuvo habitada por comunidades ancestrales (p. 168) hablantes de una lengua celta. Luego de la colonización romana, se produce el “substrato galo” (p. 170) que luego es reemplazado por el latín. Más adelante, el galorrománico y el fránico establecen una relación que, con el tiempo, desvanece el fránico y sobrepone el romance por encima de las lenguas germanas. La herencia del galo es rescatable en palabras “qui ont trait au monde paysan et à la terre” (p. 171). Más adelante, con la imposición de las letras y la declaración del francés como la “Langue universelle des Lumières” (p. 193), los demás dialectos hijos del oíl se tornan “synonime d’arriération” (p. 193). Con esta declaratoria, la hegemonía

de la modernidad queda en deuda con la humanidad, cerrando y anulando todo vestigio de diversidad y pluriculturalidad.

Los veintiocho cuentistas, por su parte, también hablan de las diversidades culturales colombianas. Muestran las consecuencias nefastas del proceso de expansión de las mentalidades modernas europeas en Colombia. En este contexto, el conflicto armado sigue siendo un cliché muy atractivo para los editores europeos. Tal vez porque indígenas, afrodescendientes, campesinos e intelectuales continúan bajo el destierro y la afrenta ignominiosa. Los cuentistas parecen, en parte, ser incapaces de salir de este fenómeno y se agobian más bien con el recuento de sus propias desventuras en Colombia o de sus aventuras amorosas en París.

Pocos cuentos logran trascender el testimonio y elaborar un ambiente narrativo autónomo y demoledor. “Pasiones encontradas”, por ejemplo, muestra la visión de una boyacense que habita París. Luisa Ballesteros narra el abismo que sobrelleva la pareja. El cónyuge padece una enfermedad terminal, que no le limita la promiscuidad, pero sí el amor por la esposa. Toda la vida monótona de un ciudadano se nos muestra de manera evidente cuando reconoce que “ses activités quotidiennes étaient sans intérêt, voir futiles” (p. 43). Como es usual en estas historias, la infidelidad cobró en la esposa un aire de venganza. Vuelve a un antiguo novio, con el peligro de ser asesinada y desaparecida a orillas del Sena. Una historia de pasión y retaliación traducida por la autora.

“Todas vestían de negro”, de Luis Alfonso Otálora Bonilla, está dedicado “Aux familles que la guerre a laissées, composées de femmes seules avec leurs enfants” (p. 213). La protagonista de esta historia no tuvo una familia que le contara su propio pasado, todo lo supo por rumores. Se va a un pueblo cuyos “chemins que se perdaient dans les ravins lui murmuraient quelque chose [...] mais ce n’était rien de plus que l’expression de ses désirs” (p. 215). La génesis familiar dibuja en parte a los seres humanos, así también la historia se convierte en un llamado a la ancestralidad genuina de cada uno. La violencia y el olvido son herramientas del estado de sitio. “Argenis” supo que “de tant désolation, sa tragédie n’en était qu’une de plus et que personne ne pourrait lui donner d’information” (p. 221), por eso asumió que ya no valía la pena seguir buscando y que la ausencia era un mal al que se debía ir acostumbrando. La infamia se normaliza cuando ella se visiona al lado de otras mujeres que guardan luto a diario y que pactan con el tiempo un silencio resignado. La traducción es de Carolina Ortiz Ricaurte y fue revisada por Yves Moñino.

“Por gracia del odio”, de Claudio Edgar Anaya Lizarazo, confirma la idea de que la violencia produce olvido, y el olvido es una postergación del sufrimiento. Un grupo de forajidos resuelve utilizar una jovencita como objeto sexual. El mayor de la banda, un veterano de la guerra de los Mil Días, se toma el privilegio de usarla. Sin embargo, el primer objetivo del maleante es contarle todo su pasado. El veterano fue soldado y combatió para el general Casabianca. Fue llevado a la fuerza, después de que ya había constituido una familia. “La parcelle n’était pas la mienne, mais mon travail, ma femme, mon fils et mon tiple, ils étaient à moi” (p. 25). La violencia, el mal y el odio se heredan. Esta narración confirma que el conflicto que se vive hoy es herencia de una disputa de siglos atrás invisibilizada

por la historia oficial, pues “seuls quelques noms sont retenus dans les manuels” (p. 27). La memoria histórica falseada es responsable de que no se lleguen ni a sanar ni a esclarecer los hechos, para comprender el presente. El elogio de la violencia es una práctica que hace al maestro del mal. El veterano renace después de ser apaleado por sus enemigos. “Pour moi, avoir été brisé par des granules et des machettes, c’était renaître” (p. 27). La rabia ideológica sirve a los intereses del combatiente y su prole y el rigor de la contienda es un bautizo de crueldad. La versión francesa estuvo a cargo de Efer Arocha.

“El día en que mi papá y yo nos trabamos”, de Camilo Bogoya, reitera la búsqueda y el regreso juguetón al padre en entornos de conflicto. La palabra *éclatés* empleada para traducir “trabamos” sugiere un espacio lúdico de reencuentro. Un guerrillero díscolo, traficante de armas, enamoradizo y cannábico acude a una cita familiar en la que ha de encontrarse con su padre, un sargento del Ejército Nacional. Ese encuentro sirve como catalizador para llevar a “l’homme qui m’avait giflé jusqu’à mon adolescence” (p. 59) al punto de suspensión provisional de una relación violenta y autoritaria. La literatura nos ayuda a mostrar nuestros dolores y abrazarlos en la medida en que son reales y palpables. El conflicto ha acabado con familias enteras. “Cinq ans plus tard mon vieux est mort. Ou plutôt, on me l’a tué, ou plutôt, je l’ai tué” (p. 65). Así también mataron a Ana Rubio, su novia, a su hija. El traductor fue Yves Moñino.

“Abandono de especie”, de Selnich Vivas Hurtado, disocia un encuentro casual para transgredir los límites de un cortejo humano. “Elle [...] à attendre que je lui grogne quelque chose. Un mot, son nom” (p. 271). La búsqueda y el retorno a los instintos son apremiantes en un texto que hace alarde del cultivo de lo sensitivo. La relación entre dos humanos se vuelve un encuentro felino con gestos y caricias de carácter transgénero, transespecie. Las relaciones hostiles parecen no carentes de una lucha por la afectividad. En este relato, de frases cortas y descripciones puntuales, los ronroneos y chillidos, las caricias y agresiones van continuamente emparentadas al tiempo de la tensión y la mutación visible. Esta traducción se debe a Omar Emilio Spósito.

A pesar del poco cuidado de esta edición, la antología de cuento colombiano en francés constituye un aporte a la divulgación y la valoración de las letras nacionales en Europa. Es cierto que hay errores de digitación y traducción. A las arepas se les llama panqueques, “galettes” (p. 215). Pero estas nimiedades no pueden ocultar que existe una literatura colombiana escrita en francés que incluye al gran Julio Quiñónez y su *Au cœur de l’Amérique vierge* (1924) y llega hasta Luisa Cadavid, Carolina Bustos y Lucía María Gómez. No sobra recordar la labor de Efer Arocha, editor, antólogo y traductor. A su pasión lectora se debe la acogida de varias generaciones de jóvenes escritores colombianos que se han cultivado en París, a la sombra del glamour y el “primer mundo”. En medio de su antihistoricidad (p. 6), la revista *Vericuetos* abre una puerta al debate social de un país en conflicto. El apego a la versión impresa de la revista, al cual se han afiliado los escritores y el editor, quizá no pase de ser una rebeldía en contra de la cultura digital. El tiempo apremiará si de verdad esta insurrección ayuda a sanar heridas dolorosas. ■